

mente. Pues bien veo que me va á hacer pasar al través. ¡Quieta! ¡Quieta! Ya oigo crujir las tejas.

Buffalmacco advirtió en esta sazón que la voz del maestro se ahogaba en su garganta, y ordenó á sus compañeros que soltasen la cuerda. Así lo hicieron ellos, siendo esto causa de que el lecho, precipitado desde arriba, se abismase en el suelo con gran estrépito, rotas las patas, deshechos los tableros: del golpe se troncharon las columnas, y el cielo con las cortinas y armazones cayó sobre el maestro Andrea que, sintiéndose ahogar, aullaba como un diablo. Y el alma, admirada de tan rudo golpe, dudaba de si había caído en su cuarto ó precipitándose en el infierno.

Como despertados por el ruido, acudieron en su ayuda los tres aprendices. Viendo las ruinas del lecho entre nubes de espeso polvo, fingieron sorpresa, y, en vez de socorrer al maestro, preguntábanle si era el diablo quien había causado aquel desastre. Pero él suspiraba:

—¡No puedo más! ¡Sacadme de aquí! ¡Me muero!

Quitaron por fin los restos bajo los cuales estaba á punto de rendir el alma, y le encontraron adosado al muro. Bufó, tosió, escupió, y dijo:

—Hijos míos, sin la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, que me ha repelido á la tierra con fuerza tan extraordinaria, que sus efectos bien los estáis viendo, yo estaría á estas horas en el cír-

culo del cielo llamado cristalino y primer móvil. Su Santa Madre no quería hacer caso. En mi caída he perdido tres dientes que, sin estar completamente íntegros, aún me prestaban buenos servicios. También siento un dolor insoportable en el costado derecho y en el brazo que sostiene los pinceles.

—Maestro—dijo Apolonio—, sin duda tenéis alguna herida interior muy maligna. Durante las sediciones de Constantinopla he observado que las heridas interiores son más funestas que las de afuera. Pero no temáis nada: voy á encantar las vuestras con palabras mágicas.

—¡Guardaos de hacer tal cosal—respondió el viejo—Sería pecar. Pero acercaos los tres, y hacedme el obsequio, si os parece bien, de frotarme el cuerpo en los sitios donde más me duele.

Ellos le obedecieron, y no le soltaron hasta dejarle bien sobados espalda y lomos.

Los buenos muchachos sembraron inmediatamente la historia por la ciudad. De suerte que, al día siguiente, no había hombre, mujer, ni chico en Florencia que viendo al maestro Andrea Tafi no riese en sus propias narices. Pues bien, una mañana en que Buffamalcco pasaba por el Corso, messer Guido, el hijo del señor Cavalcanti, que iba á cazar grullas, detuvo su caballo, y llamando al aprendiz le arrojó su bolsa, diciendo:

—Ahí tienes, gentil Buffalmacco, para beber á la salud de Epicuro y de sus discípulos.

Conviene saber que messer Guido pertenecía á la secta de los epicúreos y que se esforzaba en acopiar argumentos contra la existencia de Dios. Solía decir que la muerte de los hombres era semejante á la de los animales.

—Buffalmacco—añadió el joven señor—, si te he dado esa bolsa es para recómpensarte del bellísimo experimento, amplio y provechoso, que has hecho enviando hacia el cielo al viejo Tafi, el cual, viendo á su esqueleto tomar el camino del empireo, comenzó á gritar, como un cerdo que se degüella. De donde infiero que no estaba muy seguro de gozar las prometidas alegrías celestiales, que son un poco inciertas. Como las nodrizas cuentan cuentos á los niños, así se han inventado discursos tocante á la inmortalidad de los mortales. El vulgo cree creer en esos discursos, pero en puridad no los cree. Los golpes de la realidad ahuyenta las mentiras de los poetas. Sólo hay de cierto esta triste vida. Horacio Flaco participa de este sentimiento cuando dice: *Serius in cœlum*.

## III

## EL MAESTRO

Habiendo aprendido el arte de preparar y emplear las substancias y los colores, así como el secreto de pintar figuras á la manera de Cimabué y de Giotto, el joven Buonamico Cristofani, florentino, por otro nombre Buffalmacco, abandonó el estudio de su maestro Andrea Tafi y fué á establecerse en el barrio de los bataneros, cabe la casa de Cabeza de Ganso. Pues bien, así como las damas rivalizaban en ostentar vestidos bordados de flores, así en aquel tiempo las ciudades de Italia cifraban su orgullo en llenar de pinturas sus claustros é iglesias. Florencia se mostraba liberal y magnífica entre todas las ciudades, y un pintor podía vivir perfectamente en ella. Buffalmacco sabía dar á sus figuras movimiento y expresión; y, aunque fuese muy inferior al divino Giotto por la belleza del dibujo, gustaba por la riente abundancia de sus inven-

ciones. Así pudo recibir muy luego gran número de encargos. De él solo dependía adquirir presuntamente gloria y riquezas. Pero su principal cuidado lo ponía en divertirse con Bruno de Giovanni y con Nello y en despilfarrar orgiásticamente con ellos el dinero que ganaba.

Ahora bien; la abadesa de las damas de Faenza, establecidas en Florencia, resolvió por entonces exornar con frescos la iglesia del monasterio. Habiendo sabido que en el barrio de los bataneros y cardadores vivía un hábil pintor, llamado Buffalmacco, le envió á su mayordomo para tratar con él respecto á estas pinturas. Una vez aceptado el precio que se le ofreció, el maestro se dispuso á trabajar. Hizo que construyesen un andamio en la iglesia y empezó á pintar con maravilloso vigor la historia de Jesucristo. Primero representó, á la diestra del altar, la degollación de los Santos Inocentes, y logró exteriorizar tan al vivo el dolor y la ira de las madres esforzándose inútilmente en arrancar sus pequeñuelos á los verdugos, que los muros parecían cantar como los fieles en el oficio: «*Cur, crudelis Herodes?*...» Atraídas por la curiosidad, venían las monjas, dos ó tres juntas, para ver trabajar al maestro. Ante aquellas madres desoladas y aquellos niños sacrificados, no podían contener los gritos y los lloros. Buffalmacco había pintado á un mamoncillo envuelto en sus mantillas, que sonreía chupando su

pulgar entre las piernas de un soldado. Las monjas demandaron gracia para él.

—¡Preservadlo!—decíanle al pintor—. ¡Tened cuidado que no le vea ninguno de esos hombres y lo mate!

El buen Buffalmacco respondía:

—Por amor vuestro, queridas hermanas, lo defenderé con todas mis fuerzas. Pero estos verdugos están poseídos de tal furor, que será difícil contenerlos.

Cuando le decían: «¡Este pequeñín es muy precioso!...», él prometía hacer á cada una otro más precioso todavía.

—Muchísimas gracias—contestaban riendo.

La abadesa también vino para persuadirse con sus propios ojos de que la obra iba bien. Era una dama de gran abolengo, llamada Usimbalda. Era severa, altiva, celosa. Viendo á un hombre que trabajaba sin capa ni caperuza, llevando como los artesanos únicamente camisa y bragas, tomóle por algún aprendiz y no se dignó dirigirle la palabra. Cinco ó seis veces volvió á la capilla, encontrando sólo al que ella se figuraba que nada más serviría para moler los colores. Al fin le comunicó su disgusto:

—Hijo mío—le dijo—, suplicad de mi parte al maestro que venga á trabajar él mismo en las pinturas que le he encargado. Deseo que estén hechas por su mano y no por un aprendiz.

Lejos de darse á conocer, Buffalmacco adoptó el aire y tono de un pobre obrero, y respondió á la señora Usimbalda que, en efecto, él no podía inspirar confianza á tan noble dama, y que tenía el deber de obedecerla. Y añadió:

—Trasladaré vuestras palabras á mi maestro, y no dejará de ponerse á las órdenes de la señora abadesa.

Con esta promesa se retiró la señora Usimbalda. Cuando Buffalmacco se vió solo dispuso dos escabeles sobre el andamio, en el sitio mismo donde trabajaba, con un cántaro encima. Luego, sacando de un rincón su capa y su sombrero, que por fortuna se encontraba en buen estado, revisió al improvisado maniquí; además, colocó un pincel en el asidero del cántaro señalando hacia la pared. Hecho esto y seguro de que el muñeco tenía bastante parecido con un hombre ocupado en pintar, se alejó listamente resuelto á no mostrarse antes de que la aventura hubiese terminado.

A la siguiente mañana hicieron las monjas su acostumbrada visita á las pinturas. Pero encontrando en lugar del alegre compañero á un gentil hombre muy estirado y poco dispuesto á charlar y reír, tuvieron miedo y se alejaron con presura.

La señora Usimbalda entró á su vez en la iglesia, y al contrario, se alegró mucho de ver al maestro en lugar del aprendiz.

Hízole muchas recomendaciones, y le exhortó durante un buen cuarto de hora, para que pintase figuras castas, nobles y expresivas, sin notar que estaba hablando á un cántaro.

Su engaño aún hubiese durado buen espacio si, impaciente de no recibir ninguna respuesta, no se le ocurre dar desde abajo un tirón á la capa del maestro, haciendo caer y rodar cántaro, escabeles, sombrero y pincel. Al principio se encolerizó en alto grado. Luego, como no le faltaba perspicacia, comprendió que se le había dado á entender que no debe juzgarse al artista por el hábito. La abadesa envió á su mayordomo en busca de Buffalmacco, y le rogó que terminase la obra iniciada.

Él se portó hábilmente. Los inteligentes admiraban con especialidad en sus frescos, á Jesús en cruz, á las tres Marías llorando, á Judas ahorcado de un árbol y á un hombre sonándose las narices. Por desgracia, estas pinturas se han destruído con la iglesia del convento de las damas de Faenza.



#### IV

##### EL PINTOR

Igualmente famoso por su espíritu travieso que por su habilidad como pintor de figuras en iglesias y claustros, Buonamico, apodado Buffalmaco, no era muy joven cuando fué llamado de Florencia á la ciudad de Arezzo por el señor obispo, que deseaba adornar con pinturas las salas del obispado. Buffalmaco se encargó del trabajo, y tan pronto como las paredes estuvieron recubiertas de estuco, empezó á pintar la adoración de los magos.

En pocos días terminó de representar al rey Melchor montado en un caballo blanco. Hubiérase dicho que estaba vivo. La gualdrapa del caballo era de escarlata y sembrada de piedras preciosas.

Pues bien; mientras él trabajaba, el macaco del señor obispo le miraba con atención, sin quitarle los ojos de encima. Si el pintor removía los

tubos, mezclaba los colores, batía los huevos ó retocaba con los pinceles en la pared todavía fresca, el animal no perdía ningún movimiento. Era un macaco traído de Berbería al dux de Venecia, en una galera de la República. El dux se lo regaló al obispo de Arezzo que lo agradeció á este magnífico señor, recordándole con este motivo que las naves del rey Salomón habían análogamente conducido del país de Ofir monos y pavos reales, según se dice en el tercer *Libro de los Reyes* (X. 22). Y el señor Guido (tal era el nombre del obispo) no tenía en su palacio nada más precioso que este macaco.

Libre lo dejaba errar por salas y jardines, donde el animal solía hacer alguna diablura. En ausencia del pintor, subió una mañana al andamio, cogió los tubos, mezcló los colores á capricho, estrelló todos los huevos que encontró á mano y comenzó á pasear el pincel por el muro, según había visto hacer. Laboriosamente trabajó en el rey Melchor y en el caballo, y sólo se impuso descanso cuando hubo repintado todo con su propia mano.

Por la mañana siguiente Buffalmacco, viendo sus colores revueltos y su obra echada á perder, sintió dolor y cólera. Supuso que algún pintor aretino, celoso de su mérito, le había jugado esta mala partida, y fué en son de queja al obispo. El señor obispo le dió prisa para que volviese á su

trabajo y restaurase sin demora lo que habían destruído con tanto misterio. Prometióle que, en lo sucesivo, dos soldados estarían de centinela día y noche ante los frescos, prestos á ensartar con su alabarda al que se acercara. Con esta promesa accedió Buffalmaco á reanudar su trabajo, y dos soldados entraron de facción á su lado. Apenas había salido una tarde, terminada su faena, los soldados vieron á la mona del señor obispo que saltaba ágilmente al tablado y cogía con tanta prisa tubos y pinceles, que no tuvieron tiempo de impedirlo. A grandes gritos llamaron al maestro, que reingresó á tiempo en la sala para ver al macaco repintando por segunda vez y con maravilloso ardor al rey Melchor y al caballo blanco y á la gualdrapa de escarlata.

Yendo en busca del obispo, le dijo:

—Señor obispo, bien sé que os gusta mi manera de pintar; pero á vuestro mico le gusta otra. No es necesario que me llaméis, puesto que hay un maestro en casa. Es posible que le falte experiencia. Pero ya que no tiene nada que aprender, yo sobro aquí y me vuelvo á Florencia.

Luego que así hubo dicho, el buen Buffalmaco marchó á su albergue muy despechado. Cenó sin apetito y fué á acostarse entristecido.

El mico del señor obispo se le representó durante el sueño, no en forma de semihombre como realmente era, sino alto como la montaña de San

Gemignano, y con la punta de su cola retorcida cosquilleaba á la luna. Sentado en un bosque de olivos, entre quintas y lagares, un camino angosto pasaba bajo sus piernas, y se dilataba á lo largo de alegres viñas. Pero el camino estaba lleno de peregrinos que, marchando unos en pos de otros, desfilaban ante el pintor. Y Buffalmaco reconoció á las víctimas innumerables de sus burlas.

Primero vió al viejo maestro Andrea Tafi, del que había aprendido á granjear honor con la práctica de las artes, y á quien, en cambio, había zaherido muchas veces, haciéndole tomar por demonios del infierno candelas pegadas á un par de docenas de grandes cucarachas, é izándole en su cama hasta las vigas del techo, de tal suerte, que el hombre se creyó elevado al cielo y tuvo gran miedo.

Vió á Cabeza de Ganso, el cardador de lana, y á su mujer, tan valiente en hilar. Fué en la marmita de esta buena mujer donde Buffalmaco echaba enormes puñados de sal por una hendedura del muro, de suerte que Cabeza de Ganso escupía todos los días su bazofia y le daba una buena tunda á su esposa.

Vió á maese Simón de Villa, médico de Bolonia, reconocible por su birreta doctoral, la misma que él había tirado al estercolero que hay junto á las Damas de Rívoli. El doctor ensució su hermoso

traje de terciopelo, pero nadie se condolió, pues por desdén hacia su esposa, fea aunque cristiana, había querido yacer con la Schinchimura del padre Juan que lleva cuernos en las nalgas. El buen Buffalmacco hizo creer á maese Simón de Villa que podía conducirle de noche al aquelarre, donde él mismo, en alegre compañía, enamoraba á la reina de Francia, que le daba para repararse del trabajo, vino y especias. El doctor aceptó la invitación, confiando en recibir semejante trato. Y Buffalmacco, vistiéndose una piel de pollino y cubriéndose con una de esas máscaras cornudas que se sacan en las fiestas, se presentó á maese Simón como un diablo encargado de conducirle al aquelarre.

Cogiéndole por las espaldas y llevándole hasta la vera de un foso lleno de inmundicias, le arrojó de cabeza.

Buffalmacco vió en seguida á Calandrino, al que había persuadido de que existe en la llanura de Mugnone la piedra llamada Eliotropia, que posee la virtud de hacer invisible al que la lleva.

Le condujo á Mugnone en compañía de Bruno da Giovanni, y cuando Calandrino hubo recogido gran cantidad de piedras, Buffalmacco afectó no verlo, y exclamó: «¡Ese palurdo de Calandrino se ha marchado sin decirnos nada; pero como yo le atrape, le voy á echar esta losa en los lomos!» Y

arrojó la losa precisamente donde acababa de decir, sin que Calandrino tuviese motivo de queja, puesto que estaba invisible. Este Calandrino no tenía pizca de malicia, y Buffalmacco abusó de su simplicidad hasta el punto de hacerle creer que estaba embarazado, y con tal de verse en su prístino estado, permitió que para curarle le diese el otro dos capones.

Buffalmacco vió en seguida al campesino, para el que había pintado á la Virgen Santísima con el Niño Jesús, metamorfoseado en oseño.

Y vió todavía á la abadesa de las religiosas de Faenza que le había encargado pintar los muros de la iglesia conventual, y á la que juró por su fe que era preciso poner buen vino en los colores si se deseaba que la carne de los personajes pareciese bien florida. La abadesa le dió para los santos y santas de sus cuadros el vino reservado á los obispos, y él bebió, ateniéndose al bermellón para avivar el tono de las carnes. Fué á esta misma dama abadesa, á quien hizo creer que un cántaro cubierto con una capa era un maestro pintor, según se ha dicho hace poco.

Buffalmacco vió todavía una larga fila de gente á quien había zaherido, burlado, engañado y manteado. Y tras ella seguía con su cruz, su mitra y su capa, el gran San Herculano, que había representado burlescamente en la plaza de Perugia, coronado con una herradura.

Y todos, pasando, felicitaban al mono que les había vengado, y el monstruo, abriendo una gola más honda que la puerta del infierno, rompía á reir.

Por primera vez en su vida pasó Buffalmacco una mala noche.



*A Hugues Rebell.*

## VI

### LA DAMA DE VERONA

*Puella autem moriens dixit: «Satanas trado tibi corpus meum cum anima mea.» (Quadragesimale opus acclamatum Parisiis in ecclesia S<sup>ti</sup> Johannis in Gravina per venerabilem patrem Sacrae scripturae interpretem eximium Ol. Maillardum. 1511.)*

*Esto fué encontrado por el R. P. Adonis Doni, en los archivos del convento de la Santa-Croce, en Verona.*

La señora Eletta de Verona era tan maravillosamente bella y bien formada, que los clérigos de la ciudad, conocedores de la historia y de la fábula, llamaban á su señora madre Latona, Leda y Semelé, dando así á entender que su fruto había sido engendrado en ella por un dios Júpiter mejor que por algún hombre mortal, como eran el marido y los amantes de la susodicha dama. Pero los más prudentes, sobre todo fra Bautista, que